

**E.
HARO
TEGLEN**

CRISIS DE GOBIERNO, CRISIS DE PAIS

TODA crisis, todo cambio ministerial, va precedido en España de una excitación casi erótica, a la que suele suceder una tristeza "poscoito". Es una cuestión antigua, con resabios feudales. En tiempos, cambiaban ministros y cambiaban de manos empleos, cargos, sueldos. Los cesantes esperaban a sus amigos para volver a comer: son personajes de nuestra literatura, grande y pequeña. Cambiaban también trazados de carreteras, estaciones de ferrocarril, concesiones de todas clases. Todo esto ha variado: en un sentido de mayor magnitud. El Estado está presente en todo. Y en España no ha llegado nunca a hacer una verdadera distinción práctica, aunque abunden las teóricas —estamos en un país de teóricos— entre Estado y Gobierno, como se ha conseguido en Gran Bretaña, en Francia, en Alemania Federal. Todo esto le da a la crisis un carácter de acontecimiento determinado, casi doméstico.

EN cuanto a la política, desde hace muchos años una crisis es poco más que un mito de renovación. El tiempo de las grandes crisis terminó con la República, que en sus cinco años conoció cuatro grandes movimientos de verdadera remoción: su instauración, la caída de Alcalá Zamora, el "bienio negro", el Frente Popular. No contemos la guerra, que estaba sometida a otros avatares. Después, y hasta nuestros días, no ha pasado del mito de renovación —pura imagen— y de los efectos domésticos: a quien se subvenciona, protege y eleva; o quien queda abandonado, reprimido o arruinado. La erótica está en esperar las multitudes de subsecretarios, de directores generales y luego de todos los puestos y ayudas que de ellos dependen: los amigos, el paisanaje: no tanto por favoritismo, por caciquismo, sino porque siempre se confía en aquel a quien se conoce.

TANTO más cuanto todo queda dentro de un partido —en este caso, UCD—, y este partido está formado por grupos y familias unidas por la tendencia al poder coagulada en un momento histórico dado en que ese poder se hace posible. Desde ese momento, en España la política auténtica de gobierno, en imagen y en práctica, es la de Adolfo Suárez. Y, qué duda cabe, una manera de ser, que en España sustituye muchas veces la doctrina o la filosofía —José Antonio decía que la Falange era "una manera de ser"; podría decirse lo mismo de UCD—, un estilillo de habla, de perífrasis, de eufemismos, de hábitos —que terminan por hacer al monje— y, finalmente, de

comportamiento. Un comportamiento muy inteligente desde el punto de vista de la política práctica, capaz de llevar a la oposición de izquierdas al consenso, al pacto y una dulzura de costumbres parlamentarias; capaz de guiñar los ojos hacia la oposición de la gran derecha y de inclinarse hacia ella con respeto evidente a su poder privado. Un comportamiento de hacer y no hacer al mismo tiempo, de crear toda una serie de estructuras democráticas de importancia primordial y hacer, sin embargo, que esa democracia quede inmovilizada en la práctica. Todo esto no es fácil: se ha hecho con una gran inteligencia —desde su punto de vista—; y no hay síntomas de que vaya a cambiar. Todo se hace con lo que un editorialista ha llamado con palabra feliz "endogamia". Matrimonio interior, dentro de la casta, de la "nueva clase". La crisis de partido se resuelve con la

crisis de Gobierno; o la de Gobierno, con la de partido. Se ofrece el mito de la renovación. Todo sería como en el título de Shakespeare, "Much ado about nothing", que en castellano se tradujo por "mucho ruido y pocas nueces". Porque el problema de las nueces es su reparto.

MOMENTO que eligen algunos bonzos para gritar el horror de lo que nos está pasando. Enrique Fuentes Quintana, en la televisión, con el prestigio de quien pudo haber hecho y no le dejaron, explica la caída vertical, casi desesperanzada, de la economía; y un subsecretario de Economía dimite. Y las organizaciones empresariales hacen un diagnóstico de muerte.

LO que hay, en realidad, es una crisis de país. Y no sólo económica. Hay detrás una cuarentena de años de incuria, que eran continuación de siglos de represión de las ideas. Hay encima una crisis mundial de ideologías, políticas prácticas, rebelión de viejos oprimidos y explotados. El estilo, la manera de ser de UCD no ha podido responder a este abismo creciente en el que se mezclan factores típicos de todas las grandes crisis históricas: problemas de convivencia —entre generaciones, entre sexos, en el trabajo—, desaliento —abstenciones electorales, falta de fe y de militancia en los partidos, escasez en las afiliaciones sindicales, dificultades en la formación de asociaciones de intereses comunes—, violencia en los extremos y principios de adhesión de los "moderados" hacia esas formas de violencia, tendencias a disgregaciones en etnias, reaparición de las presiones clásicas —Iglesia—, apatía empresarial, falta de fe en el trabajo, miedo colectivo, miedo de unos a

Europa



Javier del Moral, subsecretario de Economía, presentó la semana pasada su dimisión.



Desde la televisión, con el prestigio de quien pudo haber hecho y no le dejaron, Enrique Fuentes Quintana denunció la calda vertical, casi desesperanzada, de la economía española.

otros. Un inventario que se podría hacer largo y detallado, pero que probablemente está en la mente de todos, incluso en la de los optimistas, que parece que también los hay. Sobre todo, los que esperan salir con algo entre los dientes del resultado de esta crisis.

LA crisis de país no está contenida en la solución, mayor o menor, a la crisis —o renovación, o remodelación, o retoque, o lo que sea— del actual Gobierno de UCD. No ha estado a la altura de las circunstancias, no hay por qué suponer que vaya a estarlo a partir de ahora. Del viejo sombrero de copa no pueden salir más que unos cuantos nombres, y en ningún caso son prometedores, por muy dignos y muy respetables que sean quienes los ostentan. La prestidigitación se ha acabado y el desgaste de UCD va en progresión acelerada. Todos los ritos que van a seguir, o pueden seguir, apenas van a suponer nada: cambios de denominaciones, cambios de cargos, juramento, presentación a las Cortes si la hay, quizá un programa de gobierno, algunos discursos de los nuevos, alguna alocución del presidente. Todo va a caer en un país cansado y gastado, que lo va a acoger con el sombrío escepticismo propio de estos tiempos. Y con esa noción del "mal menor", del estar condenados a Suárez y a UCD por largo tiempo. Todo se ensombrecerá más cuando, a quien corresponda hacerlo, se pronuncie el consabido discurso de "apretarse el cinturón" o de repartir el sacrificio.

LA democracia tiene unas servidumbres, pero también tiene o puede tener unas grandezas. No aparecen en España. Son las grandezas de su propia filosofía: la amplitud de pensamiento, la discusión de ideas, la verdad sobre todas las cuestiones, la discusión parlamentaria abierta, la posibilidad de caminos nuevos. Nadie puede pedir a la democracia que resuelva problemas insolubles (tampoco lo hace la dictadura: simplemente, los enmascara, y hasta los prohíbe), pero sí se puede exigir que sea de verdad un camino de participación de todos en todo, que sea un aliento para seguir adelante y una exploración de los caminos comunes; sobre todo, una explicación profunda y creíble de esos problemas y un buen reparto de responsabilidades y de participaciones. Es algo que cada día se ve más lejano. ■

Los
CoNteM
poRa
nEoS

REMODELANDO

APARECE un nuevo eufemismo: remodelar. El presidente Suárez, se dice y se insiste, va a remodelar su Gabinete. Su Gabinete no es su cuartito de estar en la Moncloa, sino el cuerpo de ministros del Estado. Es decir: lo vuelve a modelar. Antes esta operación se llamaba crisis. Crisis ministerial: cuando uno o varios ministros se retiran, o son retirados, de sus cargos. Pero era una palabra dura. Implicaba dificultad, disgustos, tirantez. Ya Franco se la quitó de encima: el tiempo de Franco fue el de los grandes eufemismos —o tapujos, o disfraces, o vías indirectas— y las crisis se llamaron relevos. Un término castrense. El Gobierno era el mando: nos mandaba a todos nosotros. Ahora también manda, pero no se puede decir: no es de buen tono, no es democrático. Y al Gobierno se le remodela. La palabra va haciendo fortuna. Apenas aparece uno de estos términos suaves y ambiguos, hay muchos que se apoderan de él: lo están esperando. Un ministro, el de Obras Públicas —Sancho Rof—, del que se dice que va a ser remodelado, y quizá lo haya sido ya cuando salgan estas líneas, anuncia que un barrio de Madrid, Palomeras, va a ser "remodelado". Se insiste: se va a remodelar toda la zona, se va a remodelar el barrio. El objetivo: realojar a doce mil familias. La clave está en el re. Ya se sabe que la partícula inseparable es ambigua. Puede significar muchas cosas: repetir, rechazar, retroceder, negar o invertir.

Modelar es algo poco claro. Tiene un cierto sentido artístico, estético, a partir de una materia plástica. Es lo que hacen los escultores. Suárez esculpió su Gobierno; lo vuelve a esculpir ahora para que tenga un aspecto nuevo y más bonito. Papini contaba de un escultor que modelaba en humo. No le gustaban las formas permanentes. Era un símbolo de la vida: la materia que siempre se escapa de las manos y toma sus propias formas, no las de su autor.

Pero también puede ser producto de modelo: la forma ideal, la perfección. La condesa de Ségur escribió "Les jeunes filles modèle", o cómo debían ser las jovencitas para agradar a sus padres y a la sociedad. Remodelar sería retocar el modelo original, que ha podido desgastarse con el tiempo, ayudar a su perfección.

Todas estas especulaciones hay que hacerlas porque la palabra remodelar no está en el inventario del idioma castellano oficial, y trata uno de saber qué es lo que va a hacer, está haciendo o ha hecho ya Suárez, dentro del hermetismo —dicen sus íntimos— con que realiza la operación. Con lo que nos encontramos que todo tiene una imagen meliorativa; el arte, la perfección, el modelo; volver a insistir en aquello que se creó despojándolo de sus pequeños vicios; suavemente, dulcemente.

De otra manera, alguien podría creer que las cosas van mal. Que no han funcionado como estaba previsto, que el país está en un momento difícil, que hay que abordar las cosas con otra óptica. Y, evidentemente, no se trata de eso. Eso sería una crisis, y aquí no hay crisis desde la Segunda República, evidentemente. Lo que hay es una remodelación. ■

POZUELO